

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Cuadros de la naturaleza*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*El Adios de la Primavera* (poesía), por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva y Collás.—*La bendicion paterna*, por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*El Pulpito del diablo*, por M. R. L.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, número 853.—*Grabado de Labores*, núm. 66.

## REVISTA DE MADRID.



AS deliciosas giras campestres vienen á poner término á la elegante série de las tertulias. Las damas que resplandecian de belleza entre las luces del salon, se adornan graciosamente con el ligero sombrerito de campo y vuelan á poblar las quintas situadas en los alrededores de la coronada Villa. Un día de campo, viene á ser en la actualidad el pintoresco epílogo de las fiestas cortesanas. El espléndido buffet se ha convertido en una abundante *paella*, que se reparte la multitud alborozada á la sombra de los árboles. Los brindis se multiplican sin cesar, y la alegría se esparce entre los animados y poéticos juegos campestres. ¡Una gira en el campo! Aquí teneis una *soirée* que suele durar un día entero, y para la cual no se exigen las etiquetas de ordenanza.

Una especie de gira vespertina ha tenido lugar, sin embargo, estos últimos días en el jardin Botánico, donde las mas hermosas niñas de la buena sociedad madrileña se presentaron lujosamente ataviadas, como si asistiesen á una brillantísima recepcion en un palacio del gran mundo. Verdaderamente, las damas que componen la junta de la Real Asociacion de Beneficencia domiciliaria, saben imprimir un sello de grandeza y esplendor á todas las fiestas que se celebran bajo su iniciativa. Se trataba de un baile, cuyos productos habian de distribuirse en obsequio de los pobres, y aun cuando la tarde se presentó bastante desapacible, no por eso dejó de verificarse el espectáculo con magnificencia y animacion. La mayor parte de las jóvenes lucian primorosos trajes y velos blancos, que realzaban doblemente sus naturales hechizos. Ya bastante entrada la noche se puso término á tan poética diversion, y se asegura que volverá á repetirse dentro de pocos dias.



A pesar de que se estinguen por completo las elegantes reuniones de las noches de invierno, han inaugurado su bellissimo teatro los Sres. de Alvarez con una amena y variada funcion. Muchas de las aristocráticas damas madrileñas han asistido á la reciente apertura del caprichoso coliseo de la calle de Fuencarral.

Las decoraciones del nuevo teatrillo son de un efecto extraordinario, y todas ellas sorprenden por la admirable combinacion de las luces, de los dibujos y de los paisajes.

Despues de una magnífica *cantata*, escrita espresamente para la noche del estreno, y perfectamente ejecutada por la simpática Virginia Burriel, las bellas señoritas de Güell y Lanuza y coro de ambos sexos, se puso en escena *El sastre del Campillo*, del Sr. Zamora y Caballero, consiguiendo muchos aplausos cuantos en este lindo juguete tomaron parte. Se leyeron despues inspiradas poesías, ejecutándose al final, con singular perfeccion, la divertida pieccecita *Mas vale maña que fuerza*. Entre las damas que asistieron recordamos á las señoras Baronesa de Ortega, Duquesa de Salinas, Baronesa de Andilla, señora y señoritas de Álvaro de Michéo, de Madrazo, de Ossorio, de Saura, de Sanjurjo, de Ziriza, de Carvajal, de Bengochea, de Salaverría, y otras muchas que se escapan á nuestra memoria. El teatro, que es un Eden en miniatura, revela el buen gusto y el sentimiento artístico que tanto distinguen á los señores de Alvarez.

Se anuncian algunas fiestas en la preciosa quinta que posée entre los dos Carabancheles la madre de la Emperatriz Eugenia, señora Condesa del Montijo.

Despues de estas noticias nada encontramos en los salones de Madrid que sea digno de llamar la atencion.

Los coliseos concluirán en breve el plazo de sus funciones, y los circos ecuestres y gimnásticos se encargarán de



dar animacion á sus espectáculos para llamar al público. El Circo del Príncipe Alfonso ha abierto ya sus puertas, y los artistas que toman parte en los trabajos hacen esfuerzos por complacer á la concurrencia que los favorece.

Los jardines de Recoletos se pueblan de hermosas niñas

á la caída de la tarde; alborazan entre los placeres del estío las funciones de los Eliseos, y el Salon del Prado empieza á ser el pretesto de las primeras horas de la noche para tomar el fresco.

A. F. GRILLO.

## INSTRUCCION.

### CUADROS DE LA NATURALEZA.

Dios, que ha embellecido la creacion con tantas y tan sorprendentes maravillas, que ha cubierto la tierra de plantas y de flores, que ha llenado los mares de peces, y los espacios de aves de incomparable hermosura, tambien ha querido poblar los bosques y los montes de animales inteligentes, que le sirviesen de útil y preciado adorno.

Ha destinado á los unos para que llenasen de majestad las florestas; ha destinado á los otros para que alegrasen las viviendas de los hombres.

¡Oh sublime variedad de la naturaleza, que presenta por do quiera los mas estraños contrastes! ¡Oh magnífico todo, formado de sombras y de luz; sombras y luz que constituyen su inmortal belleza! Por una ley admirable y misteriosa, las fuerzas destructoras y las fuerzas conservadoras, lejos de rechazarse mutuamente, se unen entre sí para engendrar de consuno la vida perpétua y la perpétua armonía. Como los aludes que descienden con estrépito de los montes, inundando los apacibles valles, como el volcan que derrama torrentes de lava abrasadora sobre las aldeas y las ciudades, como la tormenta que ruje en el espacio, y arroja de su seno rayos y centellas, ó como el mar que muje encrespado y bravo, destrozando la nave que cruza por sus revueltas ondas, el Leon, el Tigre, la Hiena, el Lobo y el Oso, llevan á cabo una obra destructora, pero benefícosa para la conservacion del mundo físico, y altamente benefícosa en el órden moral, pues enseña al hombre que el Dios benigno que manda el rocío y la lluvia á los secos campos, que le provee sin cesar de innumerables y esquisitos dones, es tambien el Dios terrible que puede humillar y abatir su arrogancia, oponiéndole, en la misma creacion de la que se titula Rey omnipotente, enemigos poderosos y á veces invencibles.

Cuando la noche es oscura y tempestuosa, cuando silba el huracan, arrancando de raiz los árboles centenarios, cuando mujen los torrentes, ¡qué bien armonizan con estos salvajes y desacordes ecos, los ruidos de las fieras que vagan por las selvas! ¡Qué bien siente el hombre su humilde pequeñez, al escuchar el lúgubre concierto, y doblando aterrado y contrito la rodilla, alza las manos al cielo, y pide misericordia al Arbitro divino!

Pero dejemos estos cuadros sombríos y volvamos los ojos á otros cuadros mas bellos y apacibles.

La tarde está deliciosa; abandonad conmigo la aldea,

subid conmigo á los altos cerros que esconden su cima entre las nubes.

¿Adónde van esos hombres armados y en son de guerra? ¿adónde van esos ágiles lebreles que los preceden, ladrando de alegría?

Van al soto, al bosque, al monte; van á sorprender á los inocentes seres que vagan por entre el espeso ramaje, libres y felices, ocupados tan solo de sus plácidos amores, y sin pensar en el mortífero plomo que debe poner fin á su existencia! ¡Ved cómo corren, y saltan, y cruzan, y giran los hermosos ciervos, las tiernas gacelas, el pesado jabalí, la astuta zorra, la tímida liebre! Los perros al acercarse á ellos, callan, olfatean, se arrastran, los cazadores se esconden entre el follaje, y esperan.

¡Ay, que para todos los seres de la tierra, lo mismo que para el hombre, amor, vida y placer, no son mas que un solo punto!

Los ecos repiten el siniestro ruido de muchas detonaciones, y los ladridos triunfantes de los perros. Los cazadores recojen afanosos el cuerpo palpitante de sus víctimas, cuya carne les servirá de alimento, cuyas pieles les servirán para cubrir sus muebles y fabricar sus vestidos. ¡Oh Rey de la creacion, ya los habitantes del bosque te han pagado su tributo!

Descendamos de la sierra: los espectáculos de sangre, aunque necesarios, siempre contristan el alma y ofenden las miradas.

¡Ved aquí en las pendientes laderas, como triscan las alegres cabras, como pacen en los prados las tímidas ovejas, los inocentes corderos, las vacas majestuosas. ¡Cuántos tesoros encierran en sí mismas! ¡En cambio de alguna libertad, en cambio de alguna inútil yerba, dan al hombre su leche y su carne para que se alimente, su lana para que se abrigue! Al lado del rebaño vela el perro fiel, no inquieto y amenazador, como cuando perseguía á las fieras de los bosques, sino inmóvil y atento á que no se escarrie ni una sola oveja, atento á todos los ruidos que puedan anunciarle la proximidad del lobo carnívoro.

Prosigamos el camino. ¿Qué es lo que diviso en aquellos lejanos campos? ¡Ah! sí, son los pacientes bueyes que uncidos al corvo arado, dan cien vueltas y revueltas, y dóciles á la voz del labrador que los guía, van trazando angostos surcos para que florezca el rubio trigo.

Allí tambien está el compañero del hombre, el fiel mastín, recostado junto á los aperos de su amo, ó junto al monton de frutos recolectados, para defenderlos y guardarlos.

Pero el sol llega á su ocaso, y se descompone el risueño



cuadro: á la flauta del pastor responden los cencerros del rebaño que se recoge en el redil; y los bueyes quedan inmóviles, esperando que libren su cerviz del duro yugo.

Descendamos al camino real. Aquí nos obstruyen sin cesar el paso las gallardas mulas, los melancólicos jumentos; las unas tirando de los carros, cargados de leña, de carbon, de yeso, de arena; los otros agobiados bajo el peso de los frutos, las verduras, la paja y los sarmientos.

Como dijo muy bien el inmortal Cervantes, ningún animal hay mas desdeñado que el jumento, y que sea no obstante de mas utilidad al hombre.

Humilde por naturaleza, es el amigo del pobre y del humilde. Su adquisicion está al alcance de todas las fortunas, y el coste de su manutencion es muy escaso. No anda de prisa, pero anda seguido, y llega pronto al término de su viaje. Trabaja con perseverancia infatigable, y acaba sin ruido ni ostentacion su tarea, que es casi siempre penosa y superior á sus fuerzas. Modesto en demasia, no cree tener derecho á nada, y nunca se le vé descontento. Gusta de las cosas buenas, y se conforma sin murmurar con las peores. Sufre con paciencia los palos y los malos tratamientos, y sin embargo agradece un pedazo de pan, se muestra sensible á una caricia, y reanimado entonces rebuzna y agita la cola espresando de este modo su alegría.

Si por casualidad su amo le ata á un árbol que esté distante de la yerba que codicia, y le olvida en aquel sitio, implora su compasion con una voz, que si no es bella, es suplicante y lastimosa. Cuando ha terminado su patética arenga, espera pacientemente durante horas y horas, á que su amo le traiga un poco de salvado, come aprisa y vuelve á su tarea, desempeñándola con un celo infatigable. ¿Qué sería del labrador, del mercader, del obrero, si no tuviesen ese auxiliar trabajador, dócil y sufrido?

La noche se acerca: estamos próximos á la aldea. Los perros van y vienen, desandan cien veces el camino, é incitan á las caballerías para que aligeren el paso, y lleguen pronto al término anhelado.

Hé ahí la rústica casa que nos sirve de albergue; allí nos esperan otros animales no menos útiles al hombre: el cerdo, que gruñe en el corral, y que debe proveernos de sabrosa carne durante todo el año; los blancos conejitos, que corren á esconderse en su madriguera; el vigilante gato, que limpia de alimañas las viviendas, y que al vernos adopta su mas bella postura, y balancea con sin igual donaire su pomposa cola, porque sabe que nuestra venida anuncia la cena codiciada.

Ya la noche ha tendido su ropaje oscuro, cubriendo de tinieblas los montes y los valles, se han apagado los últimos ecos esparcidos por las campanas que tocaban el Ave-María; se han apagado los últimos rumores de la creacion, que se adormece. Reposan las ondas en su cáuce, el aura entre las ramas, el insecto en el cáliz de las flores, los astros en el espacio. Un solo sér vigila; un solo sér no descansa. El perro, que perseguía á las fieras, que guardaba el rebaño ó la cosecha, que aguijoneaba las acémilas, está ahora en el patio de la casita rústica, guardando el sueño de su amo, velando por su hacienda. Si los copudos árboles proyectan en el suelo una sombra mas densa, ladra; ladra si una piedra se desmorona del monte, produciendo un débil ruido.

Pero no vela solo el que tiene deberes que cumplir, vidas ó haciendas que guardar.

¿Oís allá á lo lejos esos tristes y lastimeros aúllidos? Resuenan en el reducido cementerio de la aldea; ¡es un perro que llora sobre el sepulcro de su amo, mientras quizás duerman con un sueño tranquilo sus hijos y sus deudos! Le ha servido fielmente mientras vivía, morirá sobre su tumba. No se aparta de aquel lúgubre recinto, desdeña los halagos, desprecia el alimento. ¡Se han apagado los ojos que le alumbraban, se ha extinguido la voz que le conmovía, la vida que le daba vida! Su amo ha muerto, y él debe morir! ¡Oh, qué bien justifica con su ejemplo aquel célebre axioma: *si quereis un amigo fiel criad á un perro*. Amigo en vida, amigo en muerte; en la desgracia y la fortuna, en el llanto y la alegría: ¡es verdad; *si quereis un amigo fiel, criad á un perro*!

Prodigiosa es la variedad de animales terrestres que pueblan los montes y los llanos, desde el colosal é inteligente elefante, que se alimenta de yerba y obedece á un niño, hasta el diminuto tití, que nos divierte con sus ridículos gestos; desde el industrioso castor, hasta la torpe y soñolienta marmota.

Aunque los que son mas útiles al hombre se multiplican en todos los paises, en cada region se sirven de uno especial para los trasportes: el que puede desafiar mejor los rigores de su clima. En Asia emplean al elefante y al dromedario, y en América á los graciosos llamas. En Africa se sirven del camello para cruzar el abrasador desierto, y los habitantes del Polo atraviesan las heladas estepas montados en sus renghiferos.

El caballo sirve especialmente á los europeos, y en verdad que no hay ningún otro animal que le aventaje en la apostura noble y arrogante, en la esbeltez de sus formas, en la gracia y elegancia de sus movimientos.

Dócil, inteligente, sensible, si lleva sobre sí á su dueño, se muestra envanecido de este honor, se muestra satisfecho si le adornan con ricos arneses ó con penachos bellos y vistosos.

Estudia el modo de complacer á su amo, conoce su voz y le responde, le defiende si se halla en algun peligro. A la mas pequeña señal, tuerce de camino, contiene la rapidez de su carrera, ó salta vallas y precipicios sin que le detenga el miedo, sin que le rinda la fatiga. Valiente y brioso, se lanza al combate, y parece electrizado de júbilo cuando el clarín dá la señal de la victoria.

Y tratándose del caballo, ¿quién no conoce la siguiente y bellísima anécdota italiana?

«Carlos, Duque de Calabria, daba todos los dias pública audiencia, rodeado de todos sus ministros y consejeros, en su palacio de Nápoles, y para asegurarse de que ningún infeliz quedaria privado de tal gracia, habia mandado colocar una campanilla exterior que resonaba en su misma sala.

Un dia llamaron repetidas veces á la campanilla, y habiendo salido un ujier á ver quién la agitaba, entró diciéndole que era el caballo abandonado de Capecio, gran señor de la corte, el que, restregándose contra la pared, en donde daba el sol, la habia movido.



—¿Y por qué anda errante ese caballo? preguntó el duque á Capecio, allí presente.

—Señor, respondió éste, ha sido en su tiempo un alazan famoso: ha entrado conmigo en mas de treinta batallas, pero ahora está viejo y para nada sirve.

—¡Hágase justicia á todos! exclamó el Príncipe con severo acento. Yo os he recompensado por vuestros servicios, recompensad á vuestro caballo por los suyos, dándole un

lugar preferente en vuestra cuadra, do otro modo os retiraré cuantos beneficios disfrutais en mi palacio.

¡Los que habeis tenido en los animales dóciles y fieles servidores, no os mostreis jamás ingratos á sus desvelos, porque es la ingratitud el mas feo y aborrecible de los vicios!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EL ADIOS DE LA PRIMAVERA.

Héme aquí: saludad mi venida,  
Los que ansiabais mi aliento aspirar,  
Ya de luz y de aromas seguida,  
Vengo al mundo el contento á brindar.

Soy el hada que dice á las flores:  
«Los cerrados capullos abrid:»  
Yo matizo con varios colores  
De la tierra el verdoso tapiz.

Se desatan los grillos del hielo  
Al calor de mi aliento vital,  
Y del lago y del claro arroyuelo,  
Salta el pez en el limpio cristal.

De la oruga el sedoso tejido  
Se deshace á mi blando calor,  
Y el insecto, de galas vestido,  
Vence acaso en lo hermoso á la flor.

Yo despierto á las aves dormidas,  
Y les digo: «Venid y cantad.  
En las selvas por mí embellecidas,  
Blando nido y sustento buscad.»

Si mi soplo á las nubes envío,  
Se deshacen sus pliegues de tul,  
Y derraman brillante rocío  
Al danzar por el éter azul.

Yo deshago la niebla y las brumas,  
Acaricio las olas del mar,  
Y chispean las blancas espumas  
Si las hago en la playa saltar.

Cuando soplo hácia el Norte sombrío,  
En sus cumbres resalta el verdor,  
Brinca el reno, y á orillas del río  
Canta el cisne arrullando á su amor.

Si mi soplo dirijo al Levante,  
La palmera, el naranjo, el laurel,  
El rosál, y hasta el cedro gigante,  
Cobran fuerza y reviven con él.

Todo, todo es encanto y amores  
Donde acudo mi aliento á esparcir;  
Que yo cubro á las ruinas de flores;  
Sé de musgo al sepulcro vestir.

El sepulcro... Esa imágen tan negra,  
Por qué viene mi gozo á turbar?  
Cuando todo revive y se alegra,  
No se debe á la muerte nombrar.

Vengan, vengan los niños traviosos  
A jugar con las hijas de Abril,  
Que del Aura los plácidos besos  
Dan mas brillo á su gracia infantil.

Vengan, vengan las niñas hermosas,  
Los galanes acudan también;  
Yo coronó la frente de rosas,  
Yo engalano con mirtos la sien.

Con sus arpas de mágicos sonos  
A los bardos convidó á venir,  
Que yo inspiro las dulces canciones,  
Y hago al pecho amoroso latir.

Vengan, vengan los nobles ancianos  
Que prefieran mi agreste mansion  
A la corte, á los goces mundanos,  
A su lujo y su triste ambicion.

Venid todos... No falte ninguno...  
Mas, ¿qué veo?... Cambiados estais,  
¿Qué dolor, qué cuidado importuno,  
Qué inquietud en el seno abrigais?

Hace un año, en los blondos cabellos  
De una hermosa mis flores prendí;  
Blancos hilos descubro ya en ellos...  
¿Qué ha pasado despues que me fui?...

¡Ay! El tiempo, la muerte ha pasado;  
Su guadaña otros hilos cortó...  
A la esposa el esposo ha robado,  
A la madre sin hijos dejó.

Ya comprendo... En la tierra el humano  
Nunca goza los bienes en paz;  
Aquí mueren las flores temprano,  
Y es la vida un ensueño fugaz.

¡Cuántos faltan que jóvenes eran  
Y esperaban gozosos vivir !!!  
¡Cuántos otros que aun viven y esperan  
No verán al estío lucir !!!

Mas arriba, en regiones mas bellas  
Solo existe una dicha eternal;  
Lo que gozan los justos en ellas  
No lo alcanza en la tierra el mortal !...



Dejo al mundo y sus verdes colinas,  
 Por subir de las almas en pos,  
 Aquí veo en las rosas espinas...  
 Vóime al cielo... mortales... ¡Adios!

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

## LA BENDICION PATERNA.

### I.

#### Miseria.

No hallarán felicidad completa en el matrimonio los que al dirigirse al altar no hayan recibido sobre su frente la bendición paterna.

Hace poco tiempo, en una de las apacibles noches del estío, hallábase junto al palacio de Medinaceli un grupo de gente, que con religiosa atención escuchaban á una mendiga que, acompañándose á la guitarra, cantaba con singular maestría canciones italianas.

Su purísima voz y su excelente método de canto llamaron poderosamente la atención de dos caballeros que, aunque con trabajo, consiguieron penetrar dentro del grupo, viendo con sorpresa que la cantora tenía todas las trazas de ser una persona muy decente, según revelaban la distinción de sus maneras y su traje elegante, aunque deteriorado por el uso.

Llevaba el rostro cubierto con un espeso velo, tan impenetrable, que no era posible distinguir sus facciones. El misterio de que aparecía rodeada hizo mas viva la curiosidad de los que la escuchaban, y, sobre todo, la de los dos caballeros de que hemos hecho mencion, que vivamente conmovidos por aquel inmenso infortunio arrojaron sobre su falda varias monedas de plata.

Apenas el reflejo del codicioso metal hirió los ojos de la mendiga, cesó de cantar y murmuró con voz trémula:

—Mil gracias! Dios premie las buenas almas.

Sus ojos se alzaron al cielo, dejando adivinar un drama doloroso en el misterio que la rodeaba, y una série de tristes acontecimientos en su mudo dolor.

Poco despues, cuando hubo sin duda recogido lo bastante para salir del día, se levantó, alejándose lentamente de aquel sitio con la guitarra debajo del brazo y el rostro siempre escondido entre los pliegues del espeso velo.

Uno de los dos caballeros la siguió con disimulo; el otro, triste y meditabundo, se dirigió hácia el Prado, no sin volver alguna vez la cabeza, como si aquella desgraciada mujer le interesase mucho.

Mas jóven, y por consiguiente mas curioso el que se fué tras ella, la vió entrar en una pequeña y miserable casa de la calle de San Agustin. Allí se detuvo sin atreverse á llevar su curiosidad al terreno de la descortesía. Ella desapareció, y él tomó el partido de marcharse tambien con ánimo resuelto de volver á buscarla al siguiente día.

Efectivamente, algunas personas mas se reunieron allí

con el mismo objeto en la inmediata noche, pero no estaba.

—Qué le habrá sucedido? dijeron algunos.

—No tardará; todas las noches viene á cantar á este sitio, dijo el caballero anciano que tanto se interesaba por ella.

—Usted la conoce? le preguntó su compañero de curiosidad, reconociéndole, porque tuvieron el día anterior un mismo pensamiento al socorrer á la pobre con algunas monedas de plata.

—No; únicamente hace algunas noches que la escucho, y me encanta de tal manera su purísima voz, que hace dos horas la estoy esperando.

—Á mí me sucede lo propio, dijo el jóven, y confieso que tengo intenciones de ir á su casa.

—Sabe Vd. dónde vive? preguntó con afán el anciano.

—A dos pasos de aquí, en la calle de San Agustin.

—Oh! vamos allá; ¿quiere Vd. que le acompañe?

—Con mucho gusto, contestó el jóven poniéndose en marcha, sumamente contento por haber hallado una persona mas atrevida que él, la que sin duda tendria resolucion bastante para penetrar en la casa de la misteriosa desconocida.

—Aquí es.

—Adelante, dijo resueltamente el caballero anciano, empezando á subir con firme paso la angosta y tortuosa escalera.

El jóven siguió.

No era un simple movimiento de curiosidad el que les obligaba á seguir á la mendiga, era sin duda un impulso del alma, uno de esos presentimientos que nos arrastran á veces, á pesar nuestro, y que obedecemos por no hallar en nosotros mismos una fuerza superior para contrarestarlos.

Los dos caballeros habian simpatizado á primera vista, y sin embargo no se conocian al parecer, por lo menos no se habian visto nunca.

Suponiendo que aquella infeliz, cuando demandaba en pago de sus canciones una limosna por amor de Dios, no vivia en los primeros pisos de la casa, subieron hasta el quinto, que era un lóbrego y oscuro corredor con varias puertas que debian pertenecer á otras tantas buhardillas.

El anciano, mas impaciente, más nervioso que el jóven, llamó en la primera que se ofreció á su vista.

—¿Quién es? preguntó desde el interior una voz gan-gosa y trémula.

—Esta no es la cantora, dijo el jóven.

—Seguramente, contestó el anciano; pero nos informará de ella.

—¿Quién está ahí? volvió á preguntar la viejecilla con impaciencia.

—Buena señora, ¿tendria Vd. la bondad de informarnos de una jóven que vive en esta casa?

La baja y estrecha puerta se abrió, apareciendo en el umbral una apergaminada viejecilla que se apoyaba en dos muletas.

Voy á intentar dar una lijera idea á mis lectoras de esta mujer.

Representaba unos sesenta años, era de pequeña estatura, enjuta de carnes y de color tostado; tenia aguileña la nariz, boca grande y labios delgados, un poco hundidos á consecuencia de la falta total de la dentadura.



Iba vestida con un traje de indiana, deteriorado por el uso, un pañuelo de abrigo muy roto, y un delantal de lana rayado, con franjas verdes y negras.

La viveza de sus ojillos negros, rodeados de unos párpados enrojecidos y desprovistos de pestañas, dejaban adivinar un genio vivo y un carácter irascible en demasía.

Era la mujer del sastre que remendaba ropa vieja en el portal, y la llamaban por lo general todos los vecinos *La Sastra*, aludiendo al oficio de su marido, lo que, dicho sea de paso, no era muy de su agrado; pero lo sufría en fuerza de la costumbre, no dejando por eso de complacerla mucho cuando la decían *señal Petra* ó *buenal señora*, como le habían dicho los caballeros que buscaban á la mendiga.

Estas palabras fueron el resorte que la movieron á dejar el viejo sillón de vaqueta donde descansaba para abrir la puerta.

Su mayor defecto era la lengua; ella tenía muy buen fondo, pero muy mala forma, y sobre todo, era tan grande su charlatanería, que cuando tomaba la palabra no había medio humano de hacérsela soltar; teniendo la costumbre de enterar á todo el mundo de cuanto pasaba en su casa.

Al encontrarse frente á frente con los señores, los miró de piés á cabeza, quedando muy satisfecha de su exámen, porque los halló de buen porte y manifestando ser personas muy principales.

—¿Qué tenían Vds. que mandarme? les preguntó.

—Deseábamos saber, dijo el anciano, si habita en alguna de estas buhardillas una señora que canta todas las noches junto al palacio de Medinaceli.

—¡Ah! sí señor; es la señorita Virginia. ¡Pobrecilla!

—¿Virginia ha dicho Vd? exclamó con exaltación el anciano.

—¡Virginia! murmuró con admiración el jóven.

—Sí, señores; así se llama, y por cierto que es muy buena y muy desgraciada; ella, con las limosnas que recoje, atiende, ó por mejor decir, atendía á sostener al gaudul de su marido, que es un Juan lanas, y á sus chiquitines; los pobrecitos los tengo recogidos en casa; ahora hace poco se los llevé mi marido al Prado á que diesen allí cuatro carreras, pues en estas buhardillas de Madrid se ahogan las criaturas.

—Pero, ¿qué ha sucedido á esa señora? ¿Cómo se llama su marido? preguntó con viva impaciencia el anciano, que había palidecido al escuchar el relato de la vieja.

—*Miste*, en verdad que no sabré contestarle; las vecinas le llaman D. Lesmes, pero su verdadero nombre lo ignoro.

—¿Y dónde están? ¿qué ha sido de ellos? insistió el anciano.

—Casi, casi, están mejor en el hospital que en ese cuchitril; *miste*, señor, aquella del rincón es su buhardilla.

—¡En el hospital!... ¡qué horror!...

—¿Se pone Vd. malo? ¡Ah! necia de mí que los tengo en la puerta sin mandarles siquiera pasar adelante; venga usted, caballero, y siéntese aquí junto á la ventana, y podrá respirar el aire fresco.

—¿Sabe Vd. si esa señora se llama Virginia del Parral? preguntó con ansiedad el jóven.

—Sí, señor, ese es su apellido.

—¡Caballero! dijo el anciano mirando fijamente á su desconocido acompañante; ¿Vd. conoce á la desventurada hija de Telesforo Parral?

—Sí, señor.

—¿Y á su padre?

—Mucho; es íntimo amigo mío, contestó el jóven.

—Imposible; Vd. no le conoce, ó no debe haberle visto nunca.

—Esto último es verdad; pero también es cierto que mi padre fué su amigo de la infancia.

—Luego Vd. es hijo...

—De Jaime Illescas, rico propietario de Mahón.

—Ahora no extraño tu interés por Virginia; abrázame, hijo mío; yo soy Parral.

—¡Su padre! exclamó la sastra.

—¡Mi buen amigo!... gritó el jóven abriendo los brazos y estrechando en ellos al anciano, cuyos sollozos se confundieron por largo rato.

—¿Cuándo has venido? dijo después de un largo rato el anciano.

—Hace pocos días, contestó Jaime Illescas, que llevaba el mismo nombre que su padre, y no he podido encontrar á Vd. en su casa.

—No tiene nada de particular, vivo fuera de Madrid; pero cuéntenos Vd., buena señora, ¿cuándo se han llevado al hospital á mi desgraciada hija? Anoche la oímos cantar.

—Esta mañana temprano. El marido hacía dos meses que se hallaba enfermo y ella le sostenía con el producto de sus limosnas; anoche vino mas triste que nunca, á pesar de que había recogido alguna plata; nosotros estábamos ya acostados, cuando sentimos un grito penetrante; mi marido se levantó, los niños lloraban en el cuarto de la señorita Virginia, y sin atender á otra cosa que á su buen corazón, porque eso sí, mi Truchuela es malo, pero tiene buenos sentimientos, y como iba diciendo, se fué derecho adonde sonaban los gritos; con trabajo consiguió que don Lesmes abriera la puerta, y se encontró con que á la señorita le había dado un accidente, y estaba medio desnuda y tirada por los suelos.

—¡Oh, desgraciada!... ¡desgraciada!... exclamó Parral; ¿y entonces se los llevaron al hospital?

—Sí señor; esta mañana los dos, marido y mujer, estaban sin conocimiento; ya se vé, como no se les conocía ningun pariente, se dió parte al celador y se los han llevado.

—Corramos al hospital, amigo mío; quizá tengamos tiempo de salvarla; ¿y dice Vd. que los niños?...

—Los tengo yo, sí señor.. bien puede Vd. estar tranquilo, pues aunque estos pícaros dolores de reuma me tienen medio baldada, no dejaré por eso de cuidarlos, y, sobre todo, ahí está Truchuela, ya le siento toser; porque han de saber Vds. que á mi marido le llaman Truchuela, por mal nombre; esto es una infamia, como á mí llamarme la Sastra; ya se vé, cosas de la vecindad; esas deslenguadas de verduleras que viven ahí enfrente dieron en poner apodos á todo el mundo, y con ellos nos hemos quedado.

Aunque la mujer del sastre seguía con su interminable charla, los caballeros no la oían; estaban esperando que subiesen los niños, cuya inoé ente y bulliciosa algazara se sentía perfectamente desde arriba.



El señor de Parral poseía una de esas figuras imponentes, respetuosas; su carácter, al parecer altivo y seco, no demostraba la excelencia de su corazón, ni la bondad de su alma; era uno de esos hombres que lloran á la vista de un infortunio, que sienten á veces conmovido vivamente su pecho, y sin embargo tienen tal severidad, tal rigidez de principios, que no retroceden nunca en el camino del deber, ni transigen con las faltas de sumisión y respeto que son debidas á los padres y á los ancianos.

Cuando los niños llegaron arriba los tomó en sus brazos, y deteniendo las lágrimas, prontas á brotar de sus ojos, estuvo acariciándolos, luego los entregó á la señora Petra, y dándole un bolsillo lleno de oro la dijo:

—Que nada les falte; cuídelos Vd. y hágame el favor de no decir quién soy yo, pues deseo conservar el incógnito.

—Ave-María!... eso sí que es raro! Siendo su padre no tiene nada de particular, dijo la Sastra.

—Silencio; tengo, señora, mis razones para obrar así; ven, Jaime; adios, hijos míos.

El señor de Parral se marchó precipitadamente por la escalera abajo; temía que le hiciera traición su ternura, que empezaba á demostrarse en las lágrimas de sus ojos y en los sollozos de su pecho.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## EL PÚLPITO DEL DIABLO.

Leyenda alemana.

En la proximidad del monte Mercurio, y en el punto culminante del antiguo camino que conduce de Baden á Gernsbach, se eleva orgullosamente sobre las cimas de los abetos una roca inmensa, cortada en pico, cuya forma caprichosa semeja la de un púlpito. Esta roca se llama *El púlpito del diablo*, y acerca de ella existe en Alemania la siguiente leyenda:

—En la época en que los primeros Apóstoles fueron á predicar el Evangelio á la Selva-Negra, el diablo empezó á sentir serias inquietudes acerca del reclutamiento de almas para el infierno en aquellos sitios. Se separó de las eternas llamas que arden en las entrañas de la tierra, y se dirigió precipitadamente á Baden, por el camino subterráneo que siguen las aguas termales que brotan hirvientes al pie del nuevo castillo, en el sitio que áun hoy se llama todavía el infierno (*die Helle*).

El primer cuidado del diablo fué reconocer el terreno y buscar un lugar á propósito para la ejecución de sus negros designios. Al tender por el valle su ardiente mirada, divisó la enorme roca elevada al pie del monte Mercurio, delante de la cual se extienden risueñas praderas formando un vasto anfiteatro; se trasladó á ella inmediatamente, y, habiéndose asegurado de que desde aquel sitio dominaba perfectamente la comarca y podía hacerse oír de lejos, espidió en

todas direcciones los demonios que formaban su séquito, con la comisión de convocar los habitantes del valle.

En breve acudieron de todas partes hombres y mujeres, ancianos y niños, ricos y pobres, paganos y recién convertidos, y se acomodaron en las gradas naturales que cercan el Púlpito del diablo, ansiosos de oír al nuevo predicador.

Cuando Satanás vió en derredor de sí el auditorio que ambicionaba, se levantó, saludó con extraordinaria amabilidad á la asamblea, y empezó su sermón con una voz que se esforzaba en simular dulce y simpática. En un discurso lleno de astucia y de sofismas, recitado con ardiente elocuencia, el príncipe de los infiernos desarrolló sus perversas doctrinas. Presentó bajo los colores mas seductores las alegrías mundanas, los apetitos groseros y los intereses materiales. Glorificó todos los vicios, ensalzó las satisfacciones del orgullo, el placer de la venganza y los beneficios del egoísmo. Describió los goces de la golosina, las delicias de la pereza y las voluptuosidades de la lujuria. Afirmó que todo terminaría con la muerte, asegurando que la inmortalidad del alma era una fábula inventada con el fin de explotar la credulidad pública, y que el hombre, no teniendo que temer penas ni esperar recompensas por sus acciones, debía dejarse guiar en este mundo solo por su placer y su interés.

A medida que hablaba el diablo, arrojaba su voz sonidos mas estridentes, brotaban llamas de sus ojos, y sus palabras penetraban en el entendimiento de sus oyentes como un hierro candente, despertando en ellos las malas pasiones. Deslumbrados por su elocuencia, embriagados por sus encantadoras imágenes, y seducidos por sus falaces promesas, se levantaron todos para aclamar la nueva religión que adoptaba por símbolo el placer y el egoísmo. Los nuevos cristianos abjuraron su fé, y los paganos prometían no aceptar nunca los severos principios del Evangelio.

Satanás estaba radiante al ver su triunfo oratorio, y contemplaba con siniestra alegría los desgraciados habitantes del Valle de Baden, cuyas almas le pertenecían para siempre, cuando súbitamente brilló un relámpago en el cielo, y se oyeron resonar los acordes de una armonía deliciosa. Todos se volvieron, y apercibieron estupefactos sobre la montaña vecina una aparición resplandeciente.

Era un Angel vestido de gasa de plata, con alas blancas, y ceñida la frente de una brillante aureola, que se había establecido en frente del Púlpito del diablo y hacia vibrar las cuerdas de una arpa de oro. El Angel habló á su vez. Con una voz cuya dulzura ganara todos los corazones, recomendó la práctica de la virtud, hizo resaltar lo que hay de noble y grande en huir la intemperancia, en odiar la mentira, en reprimir los deseos de la carne. Enseñó el perdón de las injurias, el ejercicio de la caridad, el amor á su prójimo. Exhortó á su auditorio á renunciar á los placeres materiales y á cumplir los austeros deberes de la conciencia; amenazó los infractores contumaces de la ley santa con los tormentos del infierno, y prometió á los fieles las inefables alegrías del Paraíso, en donde el alma, libre de su terrena envoltura, es admitida á contemplar eternamente la majestad divina en su esencia y en sus obras.

El discurso del Angel estaba tan lleno de gracia y de razón, respondía de tal modo á los buenos sentimientos que



dormían en el fondo de aquellos sencillos corazones, que discernieron pronto la verdad del error. Todos rechazaron los perniciosos consejos del diablo, y, conducidos por una fuerza irresistible, se apiñaron en torno al púlpito del Ángel, protestando con entusiasmo de su sincera fé en una religión fundada en el cumplimiento de los deberes y el amor á su prójimo.

Cuando el diablo se vió abandonado por los que creía haber conquistado para el infierno, dejó estallar su furor en imprecaciones y en blasfemias. Pero el eco de sus gritos de cólera no conseguían elevarse sobre la dulce voz del Ángel, y en breve la multitud vuelta al bien, se postró de rodillas y entonó un cántico en loor del Señor, que el Ángel

acompañaba con los acordes celestiales de su arpa de oro.

Entonces la rabia del diablo no conoció límites. Con sus manos armadas de uñas formidables arrancó al derredor de sí las rocas y los árboles, y los arrojó á lo lejos en el valle. Con su pié hendido hirió la tierra, que se abrió con espantoso estruendo, y se precipitó en el abismo en medio de las llamas infernales.

La roca desde la cual la elocuencia del Ángel triunfó de la del diablo se llama aun hoy *el Púlpito del ángel*, y no lejos del Púlpito del diablo se muestra aun al viajero la señal sobre la piedra de la pata de Lucifer.

M. R. L.

## LABORES.

El *pañuelo* de la mano que ostenta en sus dos modelos nuestro grabado de hoy, es una de esas labores primorosas que, después de concluidas, parecen obra de una hada. Dos entredoses de frivolidé con uno en medio de batista bordada á bодоques al *pasado*, orlan este lindo pañuelo, que completa al canto un encaje de rosas del mismo *frivolidé*. Esta labor es un poco entretenida por el gran exceso de frivolidé que lleva, pero saben en cambio nuestras lectoras, que la ejecución de él es por extremo sencilla.

Princiase por guarnecer el cuadro de batista de una doble línea de frivolidé, que se hace en una sola hilera, colocando una hojita á cada lado por medio de la aguja de coser: después, á este entredos se cose el de batista, que irá rematado á sus dos orillas por un sólido feston, y se pro-

cede á la colocación de otro entredos, semejante al primero, sujetándole por la otra orilla con un fino cordoncito, que se cubre con otro feston.

Ahora falta solo la colocación de las estrellas, que se sujetan aparte, haciendo una hoja grande de frivolidé con *picots*, y una pequeña sin ellos, alternadas, y reuniendo las pequeñas al centro por medio de un molinete con ojete en el centro. Las estrellas, como muestra el dibujo, se unen unas á otras por los *picots*, colocando dos hojas sueltas en los huecos que ellas dejan. El modelo núm. 1, que muestra la labor en mayor tamaño, hace visibles estos detalles, facilitando su vista cuantas dificultades pudiera ofrecer esta lindísima labor. El núm. 2 presenta el pañuelo concluido.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

### *Explicación del Figurin, núm. 853.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE PASEO PARA JOVENCITA.—*Vestido* interior de seda azul claro, con falda lisa y cuerpo escotado.

*Vestido* superior de organdí blanco con cuerpo alto rizado, manga larga, y falda que deja ver una tercia de la anterior. El borde de esta falda y costuras de los paños, van adornados de un entredos de guipure, bajo el cual se colocan lazadas de cinta azul: igual adorno forma berta, cinturón y puño de la manga.

*Sombrero* de seda azul, rizado y guarnecido de agremán de perlas, con bridas de cinta azul.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de seda, color Bismark, adornado con bieses y patas de la misma tela, bordadas de felpilla negra.

*Falda* muy nesgada con tres patas ó caídas, dos por de-

lante y una por detrás, redondas de abajo, guarnecidas de un volantito de la misma tela, y bordadas con felpilla negra: en el bajo lleva la falda alrededor dos bieses sujetos de trecho en trecho por una presilla de la misma tela, en la que se repite igual bordado.

*Cuerpo* alto y liso, con cinturón bordado también, y bieses iguales que adornan el hombro y pegadura de la manga.

*Sombrero* de tul blanco moteado, con guirnalda de rosas alrededor, y bridas blancas estrechas.

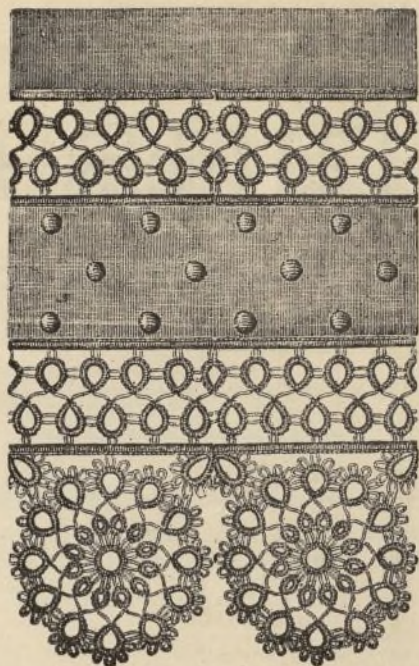
AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

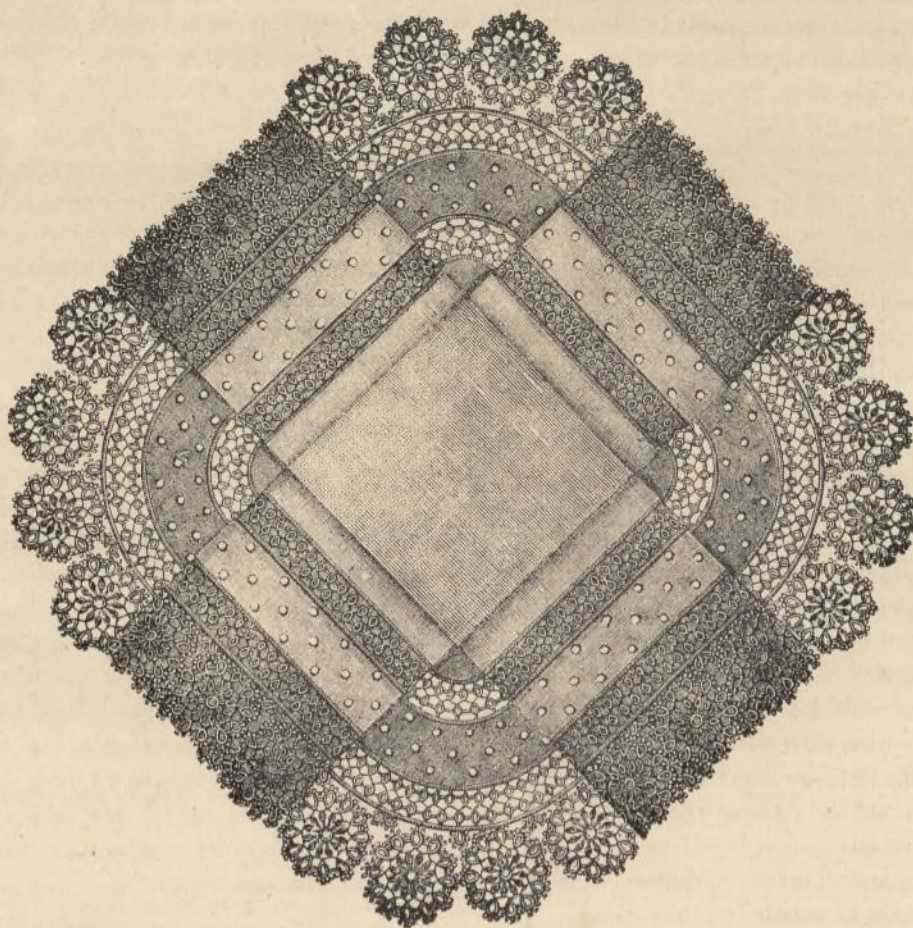
MADRID.—1867.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.





2





1127 939 C3 M52 p37 E338C

